

La Reforma Protestante en el contexto del VIH-SIDA

Sergio Ariel López

Introducción

En el marco de la celebración de los quinientos años de la Reforma Protestante, este estudio presenta un análisis sobre la complejidad que significa el estigma y la discriminación que sufren las personas que viven y conviven con el virus del VIH y una mención al compromiso de la Iglesia Luterana respecto de la realidad del VIH-SIDA.

El VIH es una oportunidad y un desafío a las iglesias de la comunión luterana para volverse nuevamente sobre su identidad. Reformarse a sí misma y comunicar con renovados esfuerzos el evangelio liberador de Jesús.

El mundo es nuestro oikos y todos formamos parte de él

Con respecto al tema del VIH-SIDA, en estos años existen divisiones en el ámbito familiar, social y religioso. Estas divisiones no solo se dan entre portadores del virus y quienes no, sino entre los denominados “inmorales” y los morales, entre los “pecadores” y aquellos salvos, entre “promiscuos” y el grupo de los recatados. La sociedad se divide, arrinconando y marginando, excluyendo y poniendo en tela de juicio a hombres y mujeres que pronto descubren que la realidad del VIH-SIDA les había dejado “indefensos”, muy expuestos a juicios y miradas marcadamente inquisitorias.

Estos años a los que se hace referencia se han quebrado los principios básicos de convivencia. Sobre todo, uno por el cual un ser humano reconoce como hermano a otro ser humano. Se confiesa según la fe que en Dios existe un origen común. Dios principio de la creación de cielo y la tierra y de cuanto existe y vive. En este acto creacional se establece el principio de hermandad, pues por voluntad divina hace a las personas. Es decir, a su imagen y semejanza hace al hombre y a la mujer. En este sentido, el texto bíblico manifiesta: “Entonces dijo

Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gn.1, 26).

Dios es la génesis de toda la creación y como parte de esta creación la humanidad que la habita, quien niegue ese propósito niega entonces la existencia de Dios para sí y para hombres y mujeres que habitan este mundo, pues cada ser humano no es algo distinto de Dios que lo creó, de quien sopló aliento de vida al hacerlo.

¿Por qué pues, el VIH-SIDA socava estas bases tan profundas de hermandad que se vinculan como comunidad humana? Se está frente de un grado de deshumanización cruel o se debe pensar que también tiene otros alcances ¿Es el rostro moderno de un ateísmo solapado?

En todos estos años, la realidad del VIH-SIDA ha puesto delante la incapacidad de muchos de ver (pero con mayúsculas) o mirar a cada ser humano y reconocerlo como hermano y hermana. ¡Como semejantes!

Los cristianos y en particular los luteranos se sienten llamados a no perder de vista el acontecimiento que marca la historia del mundo, la muerte en cruz del Hijo de Dios, (ya que acá está la raíz de su reflexión teológica y centralidad del mensaje de la Reforma) y desde ahí concebir la compasión de Dios, su solidaridad con la creación. Solidaridad radical con todos los crucificados y todas las víctimas que desde Abel gritan por justicia. Por eso, Dios sigue preguntando en su interrogatorio acuciante: “¿Dónde está Abel tu hermano?” (Gn. 4, 9).

Años de lucha, años de ardua tarea en pos de la comunión y el reconocimiento como hermanos en esta humanidad, recuerdan los años en que el pueblo de Israel camina por el desierto hacia la tierra prometida, como paradigma de lucha y constancia.

El camino se hace largo, ¡muy largo! Lejos de desanimarse se estimula a una perseverancia, a un compromiso en la acción. No se debe detener, no caer en la tentación de abandonar la marcha. En este camino, en la marcha del pueblo de Israel muchas generaciones han muerto sin ver la tierra prometida, muchos han caminado el desierto en la esperanza de encontrar la tierra que mana leche y miel.

Muchas personas, organizaciones e iglesias caminan en pos de alcanzar la dicha de cero nuevas infecciones, cero nuevas muertes y cero discriminaciones y por qué no la cura para el SIDA como parte del derecho a la

vida y a una vida digna. Aún permanece esta esperanza y esta promesa como presencia del Reino de Dios que todos desean alcanzar en plenitud pero que ahora es justicia y comunión en la lucha por hacer presente este Reino de Dios en medio de todos. Son muchas las personas que en estos casi cuarenta años siguen caminando en esta esperanza de que por fin alcanzarán este destino prometido.

En América Latina la Teología de la Liberación y la Teología de la Cruz en la reflexión luterana, nacen justamente en medio de un contexto de opresión y dolor, de marginación y exclusión, donde la única alternativa es “estar en marcha”. Descubrir en el rostro de los seres humanos de hoy, la imagen viva del Hijo de Dios que asume plenamente la vida, que también comparte la suerte de los que en la marcha mueren sin perder la esperanza.

Las generaciones de israelitas que mueren en el desierto ejemplifican muy bien la aridez por donde pasaron y pasan los marginados sociales, llámense minorías sexuales, mujeres, población afro o pueblos originarios; en todos los casos el contexto es desfavorable. Para muchos de estos grupos, por no decir para estos y algunos más, la vida y el activismo sigue siendo un camino que aún no experimenta la liberación y la justicia.

¿Cuántos activistas y líderes en la lucha contra el SIDA ya han muerto? Sin entrar en la tierra prometida, sin ver plasmado este Reino de Dios en verdadera comunión de unos y otros con Dios. El camino del desierto les ha representado afrontar privaciones, no conseguir trabajo o ser despedidos de ellos, echados de sus familias y señalados socialmente como escoria.

La primera generación cristiana también se entiende a sí misma como un camino (El evangelio de Lucas siempre ubica a Jesús y a los suyos en el camino. Desarrolla una teología de las primeras comunidades cristianas como aquellos a quienes se conocía como: “los del camino”). Estos primeros cristianos inician acciones claramente contraculturales, disconformes con un mundo y un Imperio, el Romano, que imponía sus reglas y donde los marginados sociales eran parte del cálculo del sistema. Esta generación de cristianos, testigos de la redención de Jesús y a la espera de su segunda venida, encuentra en los relatos del Éxodo, la fuerza para seguir caminando (1Cor. 10,1-13).

La subversión de Moisés respecto del faraón de Egipto, la de Jesús frente a los maestros de la Ley y a los poderosos del templo, así como la del Apóstol

Pablo, permiten discernir por donde el Espíritu de Dios guía a quienes van haciendo camino y liderando acciones que conducen hacia la tierra prometida, acallando las voces de los falsos líderes que proclaman “castigo de Dios”, “pecado” y condena.

En estos casi cuarenta años de lucha y acciones en favor de quienes caminan hacia la concretización de cero nuevas muertes, cero nuevas infecciones y cero discriminaciones, la esperanza de alcanzarlas permite seguir avanzando. No de cualquier manera.

Tal como se menciona, en el acontecimiento de la cruz, la muerte y resurrección de Cristo, se tiene la hermenéutica para comprender y sentirse parte de este largo camino. Por eso, se asume con toda crudeza, el escándalo de la cruz que no solo es teología sino realidad, tal como lo entiende Lutero. Solidaridad radical con todos los crucificados y con todas las víctimas. Solidaridad de Dios que es misericordia incondicional por puro amor hacia la humanidad. La realidad del VIH-SIDA incomoda, es cierto sigue poniendo incómodos a las personas, tan incómodos como la estrechez religiosa en tiempos de Lutero.

Pone de manifiesto las innumerables barreras mentales y religiosas en la vida diaria y en la reflexión teológica. El virus se suma a los aspectos más vulnerables de quienes lo sufren. De estas personas se siguen huyendo. Se escatima esfuerzo en salir al encuentro de ellos y lo poco que se hace no los ubica como el centro de la acción de las personas. Pues aún siguen siendo las personas portadoras del virus un otro, un extraño, un extranjero. El estigma y la marginación de las personas que viven con VIH es la negación de su dignidad de seres humanos. En este sentido Orlov (2007) expresa que:

La estigmatización y discriminación en relación con el VIH-SIDA se vuelven por lo tanto una cuestión de derechos humanos. La discriminación tiene lugar en varios niveles; el más evidente es el que identifica como blanco a las personas que están infectadas o afectadas por el VIH-SIDA. Sin embargo, la falta de información preventiva es tanto una violación de sus derechos sociales, así como la negación del tratamiento. De igual manera, la información evasiva y equivocada sobre el virus crea el miedo entre las personas (párr. 8-10).

Ubicar la realidad del VIH como un asunto de derechos humanos posibilita un tratamiento diferente de la cuestión que va más allá del aspecto de la salud. La defensa de los derechos humanos se enriquece en su acción por la problemática del VIH-SIDA, que amplía los horizontes obligando a mirar realidades que siguen estando fuera de las fronteras y que aún persisten en el imaginario colectivo.

Las comunidades de fe son formadoras de opinión, aun así, es solo una parte de su misión. La meta es que sean santuarios de inclusión incondicional, de ahí que acepten los desafíos para lograrlos. La Confesión de Augsburgo establece para la Iglesia Luterana una clara visión de lo que es su razón de ser Iglesia cuando afirma que es la comunidad “de todos los creyentes en medio de los cuales el Evangelio es enseñado claramente y donde los Sacramentos son administrados conforme al Evangelio” (Hoferkamp, 1971, p. 35).

Por lo tanto, la pertenencia a la misma comunidad no se sustenta en ningún requisito previo ya sea de orden étnico, condición sexual, situación de salud, entre otras. La fe en Dios que da su vida por amor para la redención de la humanidad es la base para ser incorporado a la comunidad eclesial. En este mismo orden de ideas Schäfer (2011) externa que:

La predicación recta del Evangelio es el fundamento que constituye la iglesia. La Iglesia es '*creatura verbi*', obra de la Palabra y el Espíritu de Dios, que crea la fe uniendo a los creyentes mediante la común aceptación del mensaje de la libre gracia de Dios, dirigido a todo pueblo y nación. Ello la caracteriza como comunidad plural 'de pecadores perdonados', que vive del amor de Dios y está llamada a hacer de ese mismo amor el lazo que une a sus miembros entre si y el testimonio que le debe al mundo. Por lo tanto, no hay obra o cualidad humana que defina de por si la pertenencia a la Iglesia, tampoco en el terreno de la orientación sexual. La iglesia debe estar abierta a todos y todas las que respondan con fe a su bautismo y al mensaje del Evangelio de Jesucristo. Pues con la fe se establece una nueva identidad, que relativiza todas las identidades anteriores, sean étnicas, sociales, sexuales o de cualquier otro tipo: '*...por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que, al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo. Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque unidos a*

Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo' (Gal 3,26-28). Así pues, quien hace de la orientación sexual una condición a partir de la cual se decide o condiciona la pertenencia a la iglesia, comete un grave error (p. 5).

Queda claro que la inclusión y la pertenencia a la Iglesia de Jesucristo de todas las personas por el motivo que fuere no radican en la condición de éstas, tampoco en un sentimiento filantrópico, sino en un reexamen bíblico-teológico que permita leer los textos bíblicos en perspectiva inclusiva lejos de toda interpretación excluyente. Vale decir, la realidad de las personas que viven con VIH y su entorno no deben quedar por fuera de la hermenéutica bíblica. Una hermenéutica que pueda acercar el mensaje de Dios a favor de los vulnerables, de los marginados.

Uno de los pilares de la Reforma Luterana radica en el acercamiento de la Biblia a todos los que quisieran y pudieran leerla e interpretarla. Martín Lutero con sabiduría e ingenio trabaja en la traducción de la Biblia del griego al idioma alemán y de ese modo acerca la palabra de Dios a la gente.

Este gesto representa un desafío y un escándalo. La lectura e interpretación bíblica desbordaba el poder interpretativo del Magisterio de la Iglesia Católica Romana. Ahora la interpretación quedaba en manos del lector que poseía una historia, poseía una cultura, poseía una experiencia de vida, eso hacía que ese lector leyera e interpretara la palabra de Dios desde su punto de vista, desde su particular visión y le diera su marco conceptual. Esos elementos son los que van a definir la hermenéutica bíblica. Es decir, el arte de traducir, interpretar y leer en este caso particular el texto bíblico. Es sin duda escandaloso y provocador el acto de traducir y acercar el texto en idioma alemán para que el pueblo pudiera hacer su propia interpretación bíblica.

Ciertamente la realidad del VIH-SIDA es un tema hermenéutico. Desde este lugar se acerca al texto bíblico y se hacen preguntas, interpretaciones y lecturas, buscando encontrar señales de Evangelio, es decir de buena noticia.

La presencia del VIH-SIDA es un desafío a la identidad confesional, pues confronta a retornar los aspectos más radicales de la forma de querer ser en este mundo. Sin duda es un tema de identidad. También podría decir que se trata de un desafío y un escándalo pues conlleva a asumir todos los estigmas y las discriminaciones relacionadas al VIH.

Sin embargo, si se quiere hilar más fino y abordar la cuestión en profundidad, se debe decir que el virus del VIH lleva a las personas al centro de la conversión que es justamente la dignidad humana herida, tanto en la sociedad como específicamente en las comunidades de fe. Es por eso que desde el principio de este estudio se ha abordado como una cuestión que se enmarca dentro de los derechos humanos y no como una cuestión de índole médica.

Ubicar la realidad del VIH como un asunto de derechos humanos posibilita un tratamiento diferente de la cuestión que va más allá del aspecto de la salud. Al hablar de derechos humanos, se restablece la relación que vincula a las personas con sus historias y por ende enriquece el abordaje y la reflexión. Encapsular el virus del VIH-SIDA solo en el ámbito de la medicina es parte de la mentalidad que supone que con una medicación correcta el problema deja de existir. Es únicamente otra faceta de la actitud de no involucrarse y de no mirar al crucificado.

En América Latina la epidemia sigue siendo altamente focalizada en personas de orientación homosexual, las cuales han sido y son objeto de mensajes y actitudes discriminatorias. La epidemia de VIH en América Latina ha cambiado muy poco en los últimos años. El número total de personas que viven con el VIH ha seguido aumentando hasta un estimado de 1,4 millones en 2009, desde 1,1 millones en 2001 debido mayormente a la disponibilidad del tratamiento antirretrovírico. Se estima que en 2009 ocurrieron 92.000 nuevas infecciones de VIH en la región. La mayor parte de la epidemia de VIH en esta región se concentra en redes de hombres que tienen relaciones sexuales con hombres. Sin embargo, el estigma social ha mantenido ocultas y no reconocidas muchas de las epidemias entre los hombres que tienen relaciones sexuales con hombres. También hay una gran carga de infección entre los consumidores de drogas inyectables y entre quienes ejercen la prostitución y sus clientes (ONUSIDA, 2016). Asimismo, Schäfer (2011) externa que:

La toma de conciencia de que estas personas tienen la misma dignidad humana que las personas heterosexuales y por tanto el derecho de ser aceptados sin discriminación alguna en la sociedad y en la comunidad cristiana en particular, tampoco acontece sin un largo proceso de sensibilización y aprendizaje (p. 2).

Es deseo de Dios ser reconocido en el sufrimiento

Ciertamente los cuestionamientos respecto del sufrimiento han devenido en largos tratados de teología, pero, aunque esta pregunta por el sufrimiento humano no consigue alcanzar una resolución que satisfaga, revela de manera prodigiosa y única, el ser de Dios como un ser compasivo, solidario en el sufrimiento al punto de asumirse plenamente humano, sufriente y abandonado.

En la cruz, el Jesús de la historia sigue siendo el hijo unigénito en la relación trinitaria. Hijo amado, por un lado, imagen perfecta de Dios Padre, pero hermano en su humanidad con la humanidad de todos los tiempos, en una vinculación única y especial con los despreciados, postergados y desheredados. Cercano en identidad y lo más lejano en asimilación.

La cruz es la identificación más profunda de Dios con “los nadie” de la historia con los últimos y los marginados de todas las épocas y de los sistemas opresivos que prevén tener un descarte como resultado predecible (Moltmann, 2010).

Sobre este acontecimiento de la cruz, es necesario volver una y otra vez para poder situarse en el contexto del VIH-SIDA, para abrirse a la esperanza del anuncio gozoso de Dios preso en la historia de cada sufriente pero solidario y salvador.

Dios fue, es y seguirá siendo señor y soberano de la creación, por eso es capaz de salvarla. Pero en la muerte de Jesús en la cruz se pone en juego la misma divinidad de Dios, pues es el acontecimiento de la encarnación llevada al extremo en que el hijo de Dios hecho hombre sufre y muere, la enajenación de Dios y la total asunción de la naturaleza humana en el límite más radical como el acontecimiento de la muerte. Pero como no se puede separar ni la divinidad ni la humanidad, se debe afirmar que la cruz es el hecho más contundente, el acontecimiento cabal del compromiso de Dios con su creación y la vuelta al llamado acuciante: ¿Dónde está tu hermano?

Esta vuelta hacia el otro como distinto, este salir de cada persona y orientarse hacia el que se tiene al lado, rompe con la tendencia del estado caído en que se encuentra y comienza la apasionante aventura del Evangelio, el Canto del Magnificat de María. Ese movimiento que le es propio a Dios, el salir de si

para ir hacia quien es distinto y diferente de sí, es la encarnación que en la cruz tiene su expresión más completa.

El Dios de la cruz, es aquel que ama a los pecadores y come con ellos. El Dios de la cruz es la vuelta hacia los miserables y sus miserias, hacia sus debilidades. En la cruz quien estuvo colgado proyecta el rostro de Dios que nunca nadie vio. Asimismo, Hansen (2010) expresa:

El que me ve a mi ve al Padre, escribe Lutero en alusión a Juan 14, 9. Dios se revela y comunica a la humanidad en forma oculta en la cruz y en el sufrimiento del hombre Jesús. Jesucristo es la manifestación de la *posteriora dei*, epifanía divina para la salvación de la humanidad (p. 58).

Se afirma esta acción de Dios siendo conscientes de su revelación en la humanidad que sufre, en aquel que llora, en el que se desgarró su vida y en el que está preso del ostracismo y el abandono. En el rostro de aquel que nadie desea ver pues posee las huellas de un virus que lo cataloga en la lista de los despreciados.

Esta revelación de Dios es profundamente contracultural a los principios del hombre moderno exitoso que se aleja de cuanto le pueda sonar a tristeza, enfermedad, exclusión, pobreza, y SIDA. El ser humano se ha fabricado un Dios para poder conformarse y sobrevivir con los miedos. Temor de reconocer que es parte de la humanidad y por ende hermanos en la misma suerte de los demás seres humanos.

¿Se ha recorrido entonces un camino de idólatras?, ya que el verdadero Dios se manifiesta en la cruz. ¿Se han fabricado ídolos, dioses de gloria y poder, dioses de fuerza y acción, dioses que intervienen y cambian la realidad? Dioses que dan seguridades y hagan a las personas sentirse fuertes y exitosas, felices y conformes mirando sin ver y corriendo al refugio de la esperanza sin pasar por la cruz.

El VIH-SIDA permite detener a las personas en esta marcha apresurada. Las ubica en la realidad del desierto, con todas sus precariedades y las invita a quedarse contemplando el verdadero rostro de Dios. Aquel que Moisés no pudo ver sino tan solo su espalda. Por eso, el siguiente texto bíblico afirma que:

Lo vimos sin aspecto atrayente, sin gracia ni belleza, despreciado y rechazado por los hombres, como varón de dolores, acostumbrado a los sufrimientos, ante el cual se desvía la mirada, discriminado y

desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores: nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado (Is. 53, 3-4).

En efecto, la pregunta ¿Dónde está Dios en esta realidad del VIH-SIDA?, ya tiene respuesta. Está allí, en el dolor y la incertidumbre, en la angustia provocada por la discriminación. Buscar a Dios fuera de esta realidad solo es un intento de seguir gritando y queriendo que venga al encuentro un Dios que vuelve a las personas idólatras. El Dios de la cruz sufre, ama, y sostiene las crisis más profundas porque está clavado a la cruz. Nunca antes ni después, más terriblemente cercano que desde y en la cruz. Asimismo, Beros (2010) afirma:

Pues el amor de Dios viviendo en el hombre, ama a los pecadores, a los miserables, a los necios y a los débiles a fin de hacerlos justos, buenos, sabios y fuertes; de este modo, el amor de Dios más bien derrama y confiere lo bueno. El amor de Dios en Jesucristo, el amor de la cruz, nacido en la cruz, no se dirige allí donde encuentra lo bueno, para aprovecharlo para sí, sino allí donde le puede dar lo bueno al pobre e indigente. Esa es la praxis que Cristo actúa a través de la fe: aquello que el no justificado no percibe – el pobre y miserable – aparece en su existencia, es percibido. Mientras el hombre sin Cristo permanece prisionero bajo el juicio de la apariencia, el justo ve lo que a los ojos del mundo no es nada (p. 11).

Se puede coincidir que Dios se redime a sí mismo, redimiendo las realidades últimas. Dios es parte de la humanidad y el dolor de la humanidad es el dolor de Dios y en la cruz esta la posibilidad privilegiada de su redención (Moltmann, 2010). Asimismo, Beros (2010) externa que:

El teólogo de la cruz es aquel que, dejándole la iniciativa a Dios, sufre su obrar en él y por ello se deja conducir allí donde Dios se quiso revelar, mostrando sus *visibilia*: su humanidad, su debilidad, su necesidad. De allí que verdadero conocimiento de Dios surja de su revelación cruciforme: solo aquél que ve al crucificado – y a él en los crucificados y dolientes – y al mismo tiempo padece el obrar de Dios a través de la cruz y los sufrimientos – en el seguimiento del crucificado – es puesto en condiciones de entender la manifestación de Dios en medio del mundo. Pero ese conocimiento es indirecto, pues lleva a reconocer – a aquel que

ha experimentado la deconstrucción de su autoconciencia, de su teología y de sus obras a través de la cruz – a Dios oculto bajo la apariencia de lo contrario (*sub contraria specie*). Por eso Lutero concluye: “*Ergo in Christo crucifixo est vera Theologia et cognitio Dei* (p. 11).

El Centurión Romano viendo morir en la cruz a Jesús proclama: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc.15, 38-39), es entonces aquel que logra ver en Jesús despojado de todo, desfigurado en su aspecto, el rostro de Dios. Justamente el abandonado, el dejado de lado, el marginado y excluido se convierte en el Dios que está y sigue estando en la historia de todos los que padecen la exclusión y el abandono. “Aquel que conoce en Cristo al Dios escondido en los padecimientos denomina a las cosas como en realidad son (*dixit id quod res est*) y actúa en consecuencia” (Beros, 2010, p. 12).

Hoy día la realidad de marginación, el rostro deshumanizado que muchos no quieren ver en el contexto del VIH está determinado por la orientación sexual o la identidad de género (ONUSIDA, 2016). El VIH tiene el rostro de un ser humano que posee una historia, que construye su identidad y que considerando su situación de portador del virus de VIH lo hace portador de un estigma social.

Se puede relacionar el mecanismo de estigmatización del Cristo en la cruz con los mecanismos que se siguen usando para discriminar a las personas, a las que se estigmatizan porque se encuentran viviendo con VIH. Las personas cero positivas son percibidas como culpables de lo que les pasa, es decir, se hace una conexión rápida entre promiscuidad, consumo de drogas, prostitución y VIH-SIDA. Este ligamen entre VIH y conductas indecentes expone a las personas al juicio público y a la desaprobación de su modo de vida. El paso siguiente es la condena y la exclusión social. En el caso de Jesús le cuesta la cruz.

El VIH-SIDA deja en evidencia los prejuicios de muchas personas. Así por ejemplo las prácticas sexuales de hombres que tienen sexo con hombres generan el juicio que vincula esta práctica a la promiscuidad y puesto que por la vía sexual se encuentran muchos de los factores y prácticas asociadas con la expansión del virus es la primera idea que genera el juicio.

Es posible determinar diferentes grados de marginación cuanto más socialmente condenada se encuentra la acción o el modo de vida. Por ejemplo, un bebe cuya madre le transmite el virus es socialmente compadecido, mientras que si el portador del virus es por consumo de drogas o por prácticas sexuales

la persona es marginada y tenida por merecedora de lo que le sucede. El odio y el rechazo que experimentan las personas de orientación sexual diferente y aquellas personas que pertenecen al colectivo social trans, así como también los usuarios de drogas están en el primer peldaño de los que son considerados malditos, nuevos crucificados in-merecedores de amor. El desafío comienza cuando se debe internalizar un nuevo paradigma que permita a aquellos a quienes se ubican como indeseables, malditos, débiles y necesitados de amor; con quienes se debe identificar y a quienes se les debe reconocer como hermanos y recibirlos con los brazos abiertos, de modo que se incluyan.

Por tal motivo es la realidad del VIH-SIDA una de las nuevas situaciones que desafía a ser Iglesias Inclusivas. El SIDA desafía a las Iglesias a desgarrar su propio corazón, arrepentirse de su rígida moral y de su inactividad. Desafía los miedos y las interpretaciones teológicas excluyentes. Teologías que más tienen que ver con teologías de la gloria, que con aquella de la cruz. La comunidad de los salvos deberá ser salvada por el perdón y la conversión.

Efectivamente, Olav, (2010) expresa que al reflexionar acerca de “la interpretación de los textos bíblicos, tenemos que sopesar las consecuencias del uso que hemos dado a nuestras Escrituras Sagradas. No podemos borrar ni cambiar los textos históricos, pero hemos de decidir cómo utilizarlos y responsabilizarnos de ello” (p. 12).

La realidad es que el VIH-SIDA incomoda tanto como la realidad de la cruz incomoda la praxis del cristianismo. Pone de manifiesto las innumerables tentaciones en la reflexión teológica, como buscar un Dios que pueda trascender la historia sin pasar por la cruz, el dolor y el abandono.

El virus se suma a los aspectos más vulnerables de quienes lo sufren. De estas personas se sigue huyendo. Se escatima esfuerzo en salir al encuentro de ellos y lo poco que se hace no los ubica como el centro de la acción. Pues aún siguen siendo las personas portadoras del virus un otro, un extraño, un extranjero. El estigma y la marginación de las personas que viven con VIH es la negación de su dignidad de seres humanos.

A manera de conclusión

Finalmente, a manera de conclusión es necesario externar un texto de Beros (2010), que viene de una u otra forma a sintetizar algunos aspectos analizados, asimismo, deja abierta la discusión acerca de esta temática que se encuentra en lo más profundo del ser humano. Para ello afirma que:

En el Cristo crucificado no solo está la verdadera teología y el conocimiento de Dios, sino también, al mismo tiempo, la verdadera antropología y el conocimiento del hombre, la verdadera eclesiología y el saber sobre la iglesia. Y así podríamos seguir declinando los distintos *loci* que componen la gramática de una teología evangélica. Pues dicha teología será teología de la cruz o no será verdadera teología evangélica. Ésta última afirmación merece ser subrayada con especial énfasis en nuestro contexto actual. Pues no es menor la tentación – así como no lo fue en otras épocas y contextos – de elaborar teologías orientadas por la eficacia y el éxito con que logren ir al encuentro de los deseos y fantasías que acicatea el sistema capitalista globalizado que rige nuestra sociedad, como es el caso de las “teologías de la prosperidad”, tan en boga en determinados círculos “evangélicos”. En abierta contradicción con esta tendencia, una teología evangélica que quiera hacer justicia a la revelación bíblica y estar a la altura de los desafíos que el presente contexto plantea a la misión de la Iglesia, no intentará deshacerse del “aguijón en la carne” que significa el Crucificado para el testimonio cristiano: en él reconocerá – haciendo propia, en solidaridad y protesta, la cruz de las miles y miles de crucificadas y crucificados de nuestra sociedad – el juicio de Dios contra todo lo que se pretende elevado y noble, piadoso y verdadero en este mundo sin Cristo, al mismo tiempo que la manifestación de su amor incondicional por todo lo pequeño y vilipendiado, por todas y todos los que viven aplastados por la injusticia y el pecado, trabajando y orando para que se haga visible y palpable entre ellos el amor de la cruz, nacido en la cruz (p. 12).

Referencias bibliográficas

- Beros, D. (2010). La Disputa de Heidelberg y su "theologia crucis" como gramática fundamental de la teología evangélica. *Cuadernos de Teología*, 29.
- Biblia Reina Valera 1960*. (2000). Bogotá, Colombia: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Hansen, G. (2010). *En las fisuras, esbozos luteranos para nuestro tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Iglesia Evangélica Unida.
- Hoferkamp, R. (1971). *La Confesión de Augsburgo*. Buenos Aires, Argentina: El Escudo.
- Moltmann, J. (2010). *El Dios crucificado. La cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana*. Salamanca, España: Sígueme.
- Olav, F. (22 y 23 de marzo, 2010) Liderazgo religioso en respuesta al VIH. En *Cumbre de Líderes Religiosos de Alto Nivel*. Ámsterdam, Holanda.
- ONUSIDA. (2016). Estimaciones del VIH-SIDA en América Latina. Recuperado de <http://www.unaids.org/es/regionscountries/latinamerica#5>
- Orlov, L. (2007). *VIH/SIDA, cuestión de derechos humanos*. Recuperado de <http://www.elistas.net/lista/pastoralvihsida/archivo/indice/441/msg/797/>
- Schäfer, F. (2011). *Fe cristiana y diversidad sexual. Algunas orientaciones teológicas y exegéticas*. Buenos Aires, Argentina: Iglesia Evangélica del Río de la Plata.
- .